

sas, los recibió á todos sin reparar en su multitud. Mandó curar y asistir gratuitamente á los heridos y enfermos: y prohibió que los trasladasen á los hospitales, á no ser que lo pidiesen, y mandaba dar todos los dias á los indigentes cuanto necesitaban. Envió hasta á las mismas provincias desoladas sujetos piadosos y de una integridad á toda prueba, con mucho dinero, ropa y víveres, para asistir á los enfermos que allí habia, y redimir los cautivos. Miraba con interés todas las circunstancias de la caridad mas delicada y atenta; y si mandaba dar una moneda de plata á cada hombre, ordenaba dar dos á las mugeres, para fortalecer mejor la debilidad del sexo contra los daños que por lo comun ocasiona.

Presentáronse algunas personas con vestidos ricos y brazaletes de oro: los limosneros se quejaron al santo patriarca, y él las tuvo por mas desgraciadas, porque se veían obligadas á pedir una limosna con mejor traje. Aquella alma dotada de una benignidad angelical, tomando contra su costumbre una actitud y un tono en extremo severo, contestó de esta manera: „si quereis ser limosneros del humilde Juan, ó mas bien de Jesucristo, obedeced con mas sencillez el precepto evangélico de dar á aquellos que os pidan. Del autor de este precepto son todos los bienes, y rehusa ministros tan turbulentos en su administracion. Si opinais que nuestras facultades no serán suficientes para tantos indigentes, no quiero participar de vuestra poca fe. Por mi parte opino sin dudar que los tesoros del Señor y de su Iglesia

serán inagotables, aun cuando todos los pobres del mundo corran á Alejandría.”

Tan loable confianza estuvo no obstante espuesta á las pruebas mas terribles. Consumió la multitud de necesitados todas las prevenciones de la iglesia, y la esterilidad sembró el desconsuelo por la insuficiencia de las inundaciones del Nilo. Acudió desde luego el santo patriarca á muchos ciudadanos religiosos, y les pidió por via de empréstito cerca de mil libras de oro. Consumida esta cantidad no cesó la miseria: y los mas ricos principiaron á recelar su propia ruina, lo que le impidió hallar quien le prestase. Un ciudadano rico que deseaba ser diácono le ofreció, en esta inquietud la mas cruel tal vez de cuantas habia experimentado, doscientas fanegas de trigo y ciento y ochenta libras de oro, con la condicion de que le ordenase. „Tal auxilio, le dijo, seria muy al caso, mas yo no puedo recibir una ofrenda impura. El Señor que multiplicó los panes en el desierto, alimentará á mis hermanos los pobres con tal que guardemos sus mandamientos.” Llegaron el mismo dia de Sicilia dos navíos cargados de trigo.

El Dios de las misericordias que al parecer se complacia en formar de su siervo un modelo el mas perfecto de esta virtud, le sujetó á otra prueba no menos amarga. Maltrató tan fuertemente las naves de la iglesia de Alejandría una tempestad violenta sobrevenida en el mar Adriático, que trece de ellas las mas grandes y mas ricamente cargadas, perdieron cuanto traían. Consoló el Santo á los marineros con



la resignacion y los sentimientos propios de un Job, y á imitacion de aquel le dió Dios dentro de breve tiempo el doble de lo que habia perdido. Puede colegirse por esta escuadra poderosa, como tambien por la suma de cuatro mil libras de oro que halló el Santo en el tesoro episcopal al tiempo de su elevacion, cuáles serian las riquezas de la iglesia de Alejandría. Esta reflexion hace verosímiles sus liberalidades inmensas, y justifica su conducta en aquella parte en que parece opuesta á las reglas ordinarias. Remitió al abad Modesto mil sacos de trigo y otros mil de legumbres. Asimismo le envió mil fardos de pescado seco, mil toneles de vino, mil trabajadores de Egipto, igual número de piezas de oro y de libras de hierro para reparar las iglesias de Palestina. Aparentó en sus dones algunas veces cierta prodigalidad y poco discernimiento, para ofrecer de este modo egemplos mayores de desinterés y generosidad.

Se dirigía un dia á los hospitales á visitar los enfermos, como lo acostumbraba dos ó tres veces en la semana; acercóse á él un estrangero mal vestido, y le rogó que se compadeciese de un pobre cautivo. Ordenó al limosnero que le diese seis monedas de plata: y el pobre se alejó, trocó el traje, y volvió por otra calle á pedir de nuevo limosna. Mandó entonces el patriarca que se le diesen seis monedas de oro: obedeció el limosnero, pero le advirtió luego que ya le habia dado dos veces. El santo se desentendió de semejante advertencia; cuando he aquí que se presenta el pobre por tercera vez; llama entonces

el limosnero con dulzura la atencion del prelado, para hacerle conocer el abuso que aquel hombre hacia de su liberalidad; mas el varon de Dios le costestó con sumo agrado: „enhorabuena, dadle ahora doce monedas de oro, porque tal vez será Jesucristo, que pide con el fin de probarme.” Dió de limosna en otra ocasion diez monedas de poco valor, y el que las recibió prorrumpió en invectivas con una insolencia desenfrenada: quisieron castigarle conforme merecia, mas el patriarca por el contrario reprendió severamente á sus ministros, y ordenó que le presentasen la bolsa que estaba llena de aquella especie de moneda para que tomase lo que le viniese en gana.

En medio de esta liberalidad que ya tocaba los términos de la profusion, vivia en una extrema pobreza. Era humilde y malo su lecho, con una cubierta de lana y muy rota. Regalóle una que habia costado treinta y seis piezas de plata uno de los principales de Alejandría, suplicándole que se sirviese de ella por amor al bienhechor. La idea de haberse gastado para su comodidad treinta y seis piezas de plata, con las que se hubiera podido socorrer á muchos necesitados, le atormentó toda la noche. No cesó su fantasía de presentarle todos los géneros de miseria, que él juzgó poderse haber remediado con este dinero, y no le fue posible cerrar los ojos. Mandó vender á la mañana la cubierta para repartir su precio á los pobres. Rescatóla el ciudadano que se la habia regalado, y volvió á enviársela. La vendió



el tierno pastor por segunda y tercera vez, diciendo en fin al rico piadoso por cuya mano siempre la habia recibido: veremos quien de los dos se cansará primero. Jamás consintió en que le tratasen mejor que al mas desgraciado de los pobres.

Poseía todas las virtudes con igual perfeccion que el amor á los pobres; el cuidado de los muertos y el de hacerles celebrar colectas, esto es, misas; el horror á la heregía y á todos los vicios reinantes, la moderacion, la dulzura, el perdon de las injurias y el poco apego á la vida. Mas nosotros cuidamos principalmente de dar á conocer el carácter que la divina misericordia tuvo á bien señalar de un modo particular en un Santo, que fue en la tierra una de las imágenes mas vivas del Dios de la misericordia.

Dirigióle constantemente este espíritu de bondad y de sensibilidad hasta en las repreciones que su celo le obligaba á dar á su pueblo. Observando un dia que algunos salian de la iglesia despues de la lectura del Evangelio, marchóse él tambien y corrió á sentarse entre ellos. Causóles mucha sorpresa, y les dijo: „hijos mios, adonde van las ovejas debe ir el pastor: por vosotros asisto á la iglesia, pues yo pudiera celebrar la misa en el palacio.” Estas expresiones claramente atestiguan, no solo la antigüedad de las misas privadas autorizada con otros muchos hechos, sino tambien el que los obispos tenian ya entonces oratorios ó capillas domésticas.

Amaba San Juan el Limosnero tiernamente á los solitarios, y nada le agradaba tanto como su com-

pañía. Sin embargo, no se entregaba á ellos con ciega confianza, antes recelaba que bajo la regularidad y austeridad de las costumbres, ocultasen la adhesion á su propio sentido, y tuviesen máximas contrarias á la simplicidad de la fe. Con ninguno de ellos se franqueó tanto como con Juan Mosco y con el docto Sofronio, ilustres uno y otro por las victorias que consiguieron de los hereges severianos, de cuya seducion libraron gloriosamente á muchos monasterios y pueblos enteros. Permanecia tan firme en este artículo, á pesar de su natural condescendencia, que encargaba á todas sus ovejas que se negasen á comunicar con los sectarios, aun cuando necesitasen privarse toda la vida de la comunión cristiana, esto es, del egercicio público de la Religion; á la manera, decia, de un marido separado largo tiempo de su esposa, á quien sin embargo no es permitido casarse con otra.

16. Habia abrazado el estado monástico en el célebre monasterio de San Teodosio en Palestina, Juan Mosco, muy estimado de San Juan el Limosnero por su ciencia y celo contra las reliquias de la heregía eutiquiana (1). Sofronio, tambien monge, natural de Damasco, profesaba amistad á Mosco desde antes de renunciar el siglo. Obligáronlos con frecuencia á trocar sus domicilios las irrupciones asoladoras de los bárbaros en Oriente, y recorrieron sucesivamente las lauras mas famosas de Siria, Arabia y Egipto. Una irrupcion por fin en esta provincia dispersó hasta los

(1) *Bolland. die 11. Mart.*



memorables solitarios de Sceta. Mas Sofronio y Mosco hallaron algunos, cuya austeridad y costumbres los admiraron de todo punto. Era tal su desinterés y su pobreza evangélica, que necesitando de un poco de vinagre para uno de los hermanos que estaba enfermo, no se halló en ninguna de las cuatro lauras, que contenian como unos tres mil quinientos solitarios. No quedaron menos edificados en el pais de Antínoo en la Tebaida cerca de Alejandría. La vida cenobítica y eremítica, por decirlo de una vez, se conservaban en el mismo fervor que tenian dos siglos antes.

17. Pasó desde Egipto Juan Mosco á la isla de Chipre, y despues á la de Samos. Llegó hasta Roma acompañado de doce discípulos, de los cuales el mas famoso fue Sofronio. Escribió allí la obra intitulada: Prado Espiritual, en la que resume los milagros y grandes egemplos de virtud que habia presenciado en sus viages. Es sencillo su estilo, variado y fluido; y cuenta con naturalidad los hechos conforme los sabe, dejando al lector el placer de reflexionar sobre ellos. En este libro todo respira una piedad tierna, por cuyo motivo se han hecho en estos últimos tiempos varias traducciones y compendios, que suprimen con razon una multitud de circunstancias poco conformes con nuestras costumbres. Deberian no obstante haberse pasado en silencio algunas otras cosas por razones de mas interés, ó presentarlas á lo menos segun están en el original, en vez de mezclar adiciones y reflexiones, no menos opuestas á la sencillez del au-

tor, que al respeto no interrumpido que profesó á la doctrina y disciplina universal de la Iglesia.

Refiere Juan Mosco, que cerca de Apamea en Siria, unos muchachos que guardaban el ganado se entretenian representando el santo sacrificio de la misa: uno de ellos que sabia las palabras de la oblacion, hizo el oficio de preste, y otros dos el de diáconos. El traductor añade á esto sin fundamento que aquellos muchachos sabian estas oraciones, porque los sacerdotes pronunciaban en algunas partes en voz alta las palabras de la consagracion. ¿A qué fin alterar así el testo, no menos que el resto de la historia, dispuesta en la traduccion de un modo capaz de persuadir á los sencillos, que la sola pronunciacion de las palabras de la consagracion puede producir su efecto sin dependencia del carácter sacerdotal? Colocando estos muchachos, continúa, el pan sobre una piedra que servia de altar, y el vino en un vaso de que usaban en vez de cáliz, hicieron todas las ceremonias de la Iglesia. Mas antes de partir el pan, descendió un fuego del cielo que devoró el altar y la víctima. Si ha habido necesidad de suprimir del Prado Espiritual algunos cuentos, sin duda debió principiarse por estas bagatelas cuya puerilidad es el menor de sus inconvenientes.

No dejan de brillar por otra parte en este libro pruebas concluyentes de la fe y de la disciplina. Lo que refiere Juan Mosco como acontecido cerca de Egipta en Cilicia, manifiesta de un modo demostrativo su creencia en órden á la presencia real de Jesucris-



to en el Sacramento del altar. Dice, que en este lugar un fiel ortodoxo rogó á un severiano que le mandase la Eucaristía de su comunión, y el herege lo realizó con mucho gusto, porque juzgaba haberle atraído á su secta. El católico echó esta hostia en una caldera hirviendo, y al instante se deshizo. Luego puso otra de su comunión, y conservándose entera enfrió el agua sin haberse siquiera humedecido. Añade, que un tal Isidoro de la misma secta, enfurecido de que su muger hubiese recibido el pan de vida de los católicos, cogiéndola por la garganta la obligó á arrojar la santa forma y la echó en el lodo, de donde la arrebató un relámpago. Presentósele un etíope al cabo de dos días, y le dijo: aquí teneis al sacrílego que hirió al Hijo de Dios en el rostro, y tú te has manchado con el mismo delito que yo. Convirtiósese Isidoro y trabajó en espiar su pecado, consagrándose á la vida monástica que profesó santamente todo el resto de su vida.

Mosco nos enseña en cuanto á la disciplina, que los griegos administraban entonces el bautismo como se hace en el día, haciendo muchas unciones en forma de cruz antes y despues de la esencia del sacramento, no solo en la frente sino tambien en las orejas, en las espaldas, en el pecho, en los pies y en las manos. Habla con este motivo de un santo monje de Palestina, que siendo sacerdote y teniendo el encargo de bautizar, jamás se resolvió á emplear estas formas con las mugeres. Juan Mosco espiró en Roma, poco tiempo despues que escribió su Prado.

Espiritual, en opinion de Santo, en cuyo concepto se le tiene. Quedó su libro en poder de Sofronio, el mas amado y distinguido de sus discípulos, á quien le habia dirigido antes de morir; circunstancia por la que muchos antiguos le reputan produccion de Sofronio, el que no obstante tuvo segun las apariencias mucha parte en la composicion de esta obra.

18. Murió en 8 de Noviembre del año 618 el santo Papa *Deus-dedit*, que fue el primer Pontífice que usó el sello de plomo en las bulas pontificias. Permaneció mas de un año vacante la Cátedra de San Pedro, y se juzga positivo que su sucesor Bonifacio V no ascendió á ella hasta el 23 de Diciembre del año 619. Murió San Juan el Limosnero poco tiempo despues conforme habia vivido, egercitando la caridad y desprendido enteramente de todos los asuntos mundanos. Vivió ausente algun tiempo de Alejandría, á causa del terror que allí infundian los persas. Su amigo el patricio Nicetas, de cuya piedad hemos hecho mencion, le obligó, escitando su celo, á pasar á Constantinopla. Tuvo el santo obispo al llegar á Rodas revelacion de su próxima muerte, y dijo al patricio: vos me conducís al Emperador de la tierra, mas el Emperador del cielo me llama para sí. Dióle cuenta de la revelacion que habia tenido y le dejó, volviendo á la isla de Chipre y retirándose á la ciudad de Amatunta su patria. Al punto formó su testamento concebido en estos términos (1): „os doy gracias, Dios mio, porque me habeis hecho pobre

(1) *Bolland. Tom. 2. pag. 515.*



satisfaciendo mis deseos, y porque tan solo me resta la tercera parte de un sueldo, sin embargo de haber encontrado en el erario al tiempo de mi institucion episcopal muchos millares de libras de oro, sin contar las sumas inmensas que he recibido de vuestros siervos. Es mi voluntad que este pequeño resto sea igualmente distribuido sin demora." A cortos instantes murió, y le enterraron entre los cuerpos de dos obispos que se apartaron el uno del otro para hacerle lugar á vista de los asistentes. Así lo afirman los historiadores de su vida, obispos y doctores célebres, y sus contemporáneos que le atribuyen otros muchos milagros. Ocupó la silla de Alejandria diez meses, y fue su sucesor un tal Jorge. No hallamos desde su tiempo mas noticias de esta iglesia.

19. El Papa Bonifacio V escribió á Eduino, Rey de Nortumberland, el mas poderoso de los siete Soberanos que tenian distribuida la Inglaterra, exhortándole á abrazar el cristianismo. Habia ofrecido este Príncipe casado con Edelburga, hermana de Elbeldo ó Etheobaldo, Rey de Cant, que ya era cristiana como la mayor parte de los Príncipes vecinos, que permitiria á su esposa y á toda su comitiva el libre ejercicio de su religion, y que él tambien la abrazaria si despues de haberla examinado con madurez la encontrase la mas santa y la mas digna del Ser Supremo. Dirigióse el Pontífice igualmente á la Reina con el mismo objeto, acompañando regalos como enviados de parte de San Pedro, á quien nombraba protector de los ingleses. Para el Rey enviaba una túnica y un

manto guarnecidos de oro, y para la Reina un espejo de plata y un peine de marfil guarnecido tambien de oro. Mas Bonifacio, arrebatado de la muerte en el mismo año 625 á 22 de Octubre, no tuvo el gusto de experimentar los efectos de su celo. Exaltaron cinco dias despues al trono pontificio á Honorio, hijo del cónsul Petronio, el que le ocupó cerca de trece años.

Llegaron á felice cima por último en su tiempo las esperanzas que habia dado el Rey Eduino. Mostró este Príncipe al principio mucha indiferencia en orden á la gracia de la salvacion. Consintió sin embargo en bautizar entre otras personas de distincion á la Princesa Eufleda, que habia tenido de la Reina Edelburga, y fue la primera cristiana de la nacion de los northumbrios. Mas habiéndose salvado de morir de manos de un asesino, enviado al intento por el Rey de los sajones occidentales, quien solo consiguió herirle asesinando á dos de los suyos, acordó vengar en aquel Príncipe pérfido una trama tan vil. Ofreció abandonar la idolatría y adorar á Jesucristo si lograba la victoria, y desde aquel punto se abstuvo de toda supersticion.

Ganó la batalla, é hizo dar la muerte á cuantos conspiraban contra su vida. Tomóse á pesar de esto algun tiempo para que le instruyera el obispo Paulino, que habia seguido á la Princesa Edelburga en su viage desde el reino de Cant al de Nortumberland, y llegó á ser el primer arzobispo de York. Persuadióse por fin de la verdad del cristianismo, y



convencido de las verdades que le mostró Paulino, haciendo ver una larga serie de peligros y ventajas con que la Providencia se ostentaba en su favor del modo mas visible, se postró religiosamente á los pies del obispo, y pidió solamente el tiempo necesario para disponer á todos los principales de la nacion á recibir el santo bautismo (1).

Coifi, á quien debia temer principalmente por su alta dignidad de primer pontífice de los idólatras, trabajó con mas ahinco y eficacia para cumplir los buenos designios del Rey. Era este un hombre recto, á quien el espíritu de preocupacion habia seducido, y conocia mucho mas á fondo la debilidad de su religion, porque practicándola con buena fe jamás habia probado ninguna de aquellas ventajas que sus primeros fundadores cacareaban. Comparándola con la doctrina santa y sólida que le anunciaban, logró la gracia disipar las tinieblas de sus errores, y corrió en medio del dia á vista de todo el pueblo á derribar los simulacros, indignándose de haberlos incensado largo tiempo. Estimulados la corte y el pueblo con este egemplo, marchaban en gran número á los rios, mientras se construían baptisterios para practicar la inmersion que aun estaba en uso. Tan solo en el territorio de Adregin, donde residia Paulino siguiendo á la corte, estuvo treinta dias catequizando y bautizando sin intermision desde la mañana hasta la noche. Mostraron igual impaciencia que el pueblo de recibir el bautismo las personas mas distinguidas

(1) *V. Bed. lib. 2. hist. cap. 9.*

por su nobleza y autoridad; contándose entre otros la real familia que constaba de cuatro hijos, una hija y un nieto del Rey.

Llegaron á noticia del Pontífice Honorio estos acontecimientos tan prósperos, poco despues de haber sucedido á Bonifacio V en 27 de Octubre del año 625. Escribió al momento á Eduino declarándole su alegría, y animándole á la perseverancia. Envió al mismo tiempo el palio á los metropolitanos de York y de Cantorberi, dando facultad á uno y otro para nombrar sucesor sin necesidad de acudir á Roma con motivo de la distancia. Había ya muerto Justo, inmediato sucesor de San Melito, y Honorato nombrado en su lugar fue á buscar á San Paulino de York, que le consagró quinto obispo de Cantorberi despues de San Agustin.

20. El Rey Eduino no satisfecho con proteger á estos prelados, incitó tambien y logró que Carpualdo, Rey de Estangle ó de la Inglaterra oriental, recibiese juntamente con todo su pueblo la pureza de la fe de sus padres, desfigurada enteramente tiempo habia con una mezcla monstruosa de supersticiones idolátricas. Perdió la vida Carpualdo poco despues de su conversion; pero su hermano Siberto que se convirtió al cristianismo en las Galias, y subió al trono al cabo de tres años, trabajó mucho para convertir enteramente á su pueblo. El obispo Felix, nacido y ordenado en las Galias, le ayudó admirablemente en esta empresa, quien sentó su silla episcopal en Dumoc, y convirtió toda aquella provincia al cristianismo.